

Casa-Museo Lope de Vega

El gran impresor y humanista flamenco Plantin Moretus condensó en un conocido soneto lo que para él constituía “la felicidad de este mundo”. Y comenzaba así: “Tener una casa propia cómoda y hermosa/ y un jardín tapizado de fragantes rosales...” En ese espíritu renacentista hizo suya Lope la inscripción que había leído en el dintel de alguna casa toledana e hizo grabar en esta su casa madrileña cuando la adquirió en 1610: *D.O.M. Parva propria magna./ Magna aliena parva*. Calderón de la Barca la glosó en una de sus comedias: “Que propia albergue es mucho, aun siendo poco/ y mucho albergue es poco, siendo ajeno”.

No era tan pequeño a lo que accedía. No se trataba, en efecto, de una de las muchas casas construidas, según se decía, “a la malicia”, esto es, de una sola planta para eludir la obligación de alquilar otra, si la había, a alguien de la administración, necesidad impuesta por el aluvión de cortesanos que había traído consigo la instalación de la Corte desde 1561. Lope llegó a ella con mucha vida a cuestas —amores, dos matrimonios, y amoríos varios— cárcel y destierro de Madrid, largas estancias en Valencia, Toledo, Alba de Tormes, Sevilla— en un momento en que, tras romper su relación con Micaela Luján con quien tuvo cinco hijos, decide sentar cabeza en lo sentimental, y entregarse a la devoción. (De hecho, en 1609, entra en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento y en 1616 en la del Oratorio del Olivar).

Aquí viviría veinticinco años; hasta su muerte. Y cuánta vida cupo en estos muros. “Mi casilla, mi quietud, mi güertecillo y estudio...” No hablo sólo de la vida familiar, desde la felicidad enternecida con el pequeño Carlos Félix y el terrible desgarró de su muerte al enamoramiento enloquecido de Marta de Nevaes y el atroz dolor de cuidarla, demente y ciega ella, hasta su muerte. Pienso en la incesante torrentera de vida que aquí, en el estudio, brotó de la pluma del con toda justicia llamado “fénix de los ingenios”, el “Lope todopoderoso” en quien creía todo Madrid y España entera.

Legó, al morir, esta su casa a su hija Feliciano, de quien pasó a un nieto de Lope, Luis Antonio de Usástegui, capitán de Infantería en Milán. A partir de él se suceden los herederos y se va borrando la conciencia de lo que la casa significaba. Sólo a fines del siglo XVIII, Álvarez Baena, al compilar las biografías de los hijos ilustres de Madrid, identifica la casa de Lope con documentación que en 1861 completó Mesonero Romanos y que le permitió afirmar que la casa estaba íntegra, por más que la entrada había sido desplazada al centro, y faltaban las jambas y el dintel de granito, y en el jardín había surgido una típica corrala madrileña.

Al año siguiente, 1862, con permiso de los dueños de entonces, celebró en ella la Real Academia Española el Tercer Centenario del nacimiento del gran dramaturgo en una sesión que marcaría el comienzo de un propósito: hacerse con la Casa e instalar en ella un museo que permitiera revivir lo que había sido.

Habrían de pasar bastantes años y habrían de fracasar gestiones de don Antonio Maura y, posteriormente, de Menéndez Pidal, hasta que en 1931 los testamentarios de doña Antonia García, viuda de Cabrejo, otorgaran a la Academia el Patronato de la Fundación que esta señora había constituido y una de cuyas partes principales fijaba la necesidad de instalar un Museo de Lope de Vega.

Dos arquitectos excelentes, Emilio Moya y, sobre todo, Pedro Muguruza, replantearon sobre estudios rigurosos la restauración del inmueble y recuperaron la traza del jardín. Nuestra Academia siguió de cerca las obras por medio de D. Emilio Cotarelo, y Menéndez Pidal, Américo Castro, Agustín González Amezúa y miembros de otras Academias ayudaron a conseguir la dotación del patrimonio mobiliario, decorativo y bibliográfico que hoy admiramos. Todo concluyó en 1935, y el lunes 30 de diciembre de ese mismo año se celebró la inauguración y se abrió al público.

Se amplió el Museo en 1949-1950 habilitando, siempre de acuerdo con la documentación de la época, el piso abuhardillado en el que ahora están la habitación del capitán Contreras, el cuarto de las criadas y el dormitorio de Marcela o Lope Félix. Y se enriqueció la dotación con piezas selectas de época, gracias a González Amezúa, Julio Cavestany y Francisco Javier Sánchez Cantón.

Una casa de estas características necesita atención permanente. En 1965 y 1973 se retocaron la fachada y las cubiertas, y en 1990 un Convenio de Cooperación Cultural de la RAE y la Comunidad de Madrid permitió afrontar una restauración continua al tiempo que sentaba las bases para una mejor atención al público. El convenio que recientemente hemos firmado abre las puertas a lo que será una restauración continua. Para empezar se ha remodelado la zona de acceso y secretaría y en lo que fue vivienda del conservador se ha habilitado una sala polivalente en la que, aparte de ofrecer un vídeo explicativo de la historia de la Casa con noticias de la vida y la significación de Lope de Vega, se podían celebrar reuniones de estudio y lecturas. Al mismo tiempo se ha renovado el mobiliario y diversos objetos y revitalizado el jardín que Lope describió con precisión.

Pero sin duda, lo más importante es que la gestión museística específica estaría a cargo de la Comunidad de Madrid, que la integrará en su red de museos, conectándola, sobre todo, con el cervantino de Alcalá. La RAE y la Comunidad acordarán la programación de cada curso. En este año coincide el centenario de la publicación del *Arte nuevo de hacer comedias* y, para celebrarlo, vamos a preparar, entre otras cosas, la edición de tres comedias de tema madrileño, al tiempo que, en colaboración con la Fundación María Cristina Massaveu publicaremos el facsímil de un cuaderno autógrafo en que Lope fue escribiendo poesía entre 1626 y 1630. El año que viene será también centenario de la llegada de Lope a esta casa, y quisiéramos que para entonces funcionara ya al máximo de sus posibilidades.

No debo dejar pasar esta ocasión sin reiterar el agradecimiento a las instituciones y entidades que nos ayudan con sus legados. Al antiguo conservador y sus sucesivos

colaboradores, becarios de la Universidad de Madrid. Pero, hoy, sobre todo, a la Comunidad de Madrid, y en particular a su Presidenta, Esperanza Aguirre, que desde el primer momento acogió con entusiasmo nuestra petición y la ha atendido con largueza, ayudada por el Consejero de Cultura, don Santiago Fisas, y el personal de la Dirección General de Museos, con Isabel Rosell al frente, a todos los técnicos y trabajadores.